

—Sí, así fué...; por segunda vez cambié de asiento, junto a una ventanilla. Pasamos frente al bosque. Vi estacionado el automóvil de un barítono, amigo mío, a quien admiro muchísimo: nuestro mejor barítono seguramente, magistral en los *Carmina Burana*... los ha oído ¿verdad?... Pues venía yo totalmente abstraído...

—En las nubes —comenté, sin calcular que ello podía originar otra digresión contraria a mi fervoroso deseo de que acabara.

—Sí, pensando no sé en qué; verdaderamente en nada... a veces huye por completo la noción de las cosas; mentira que el pensamiento sea lo mecánico y burdo que hace ver el personaje aquél, de maravillosas deducciones, en el cuento de Poe: si así fuera, a la vista del automóvil de mi amigo yo habría recordado, por ejemplo, el comentario que la semana pasada hice sobre los *Carmina*: dije que es verdadero antigregoriano, puesto que aunque echa mano de ciertos materiales del canto gregoriano y también del latín, produce un efecto completamente contrario a la elevación tan espiritual...

Qué espanto: ¿cuándo acabaría? (Mi pierna izquierda era la más impaciente: incontrolable su agitación.) Ya estaba bien...

—Voy al teléfono, permítame... le avisaré a Cristina que irá a verla un poco tarde... Fíjese: ya son las siete pasadas... — “¿Entendería?...”

En realidad me comuniqué con la tintería: que recogieran mi abrigo.

En aquel rincón las conversaciones dejaban de ser el flujo y reflujo de remotos sonidos aglutinados que eran desde nuestra mesa y adquirían un carácter distinto y personal. Grupos como islas, creando mundos cada uno. Humo de cigarrillos, excitación, afanes. Todo junto lograba ser como una caldera a su máxima presión y hasta exhalaba un vaho caliente.

El, lejos, con expresión tristísima, remarcada por el ángulo doliente de sus cejas, apuraba el resto de su bebida. “¿Cómo —comprendí, de pronto— pude ser tan egoísta?”; si él había gastado un mes en mi tesis, yo gastaría una y todas las horas necesarias, oyéndole. Me instalé frente a él, libre de mi estúpida tensión:

—Decía usted que los *Carmina*...

Pero lo había abandonado el impulso que lo hiciera franquearse conmigo.

—No, no era nada.

—Bueno, ¿y la cosa?, ¿cómo terminó?

—Como usted adivinó —su voz, educada y fría, volvía a ser la de un hombre que ni pide, ni da—: la muchachita aquella me reclamó lo que yo no había hecho.

—¿Ante la gente?, ¿qué hizo usted?

—Era una muchacha educadita y me acusó sólo a medias; pero de todos modos quedé con una impresión de lo más molesto y preferí bajar en seguida... Oiga, ¿trajo las notas que necesitamos?

Extraje unas cuartillas de mi portafolio y se las tendí. Empezó a leerlas. Entretanto, la certeza de que yo no le había permitido explicar lo que para él era más importante, es decir, el hecho mismo de que se le hubiera confundido con un píllo, me encadenaba, implacable, a su incidente. Lo imaginé, corridísimo, bajando del tranvía apresuradamente. Chapul-

tepec enfrente, envuelto en su triste luz, y él abandonado, aunque por su propia decisión, en un andén solitario, como bribón indigno de ir entre gente: esperar otro tranvía o perderse, con el mal sabor de boca, por las calles adyacentes. Casi chaplinesco. Y luego lo que tal vez me quería dar a entender desde un principio; él, con su mujer estúpida, con su inevitable conciencia de intelectual y sus pre-

tensiones de intelectual (“quiero ser, quiero ser”): distinto, aunque no se lo propusiera; y luego, en el peor momento, cuando más inerte estaba, ¡zas!, viene una muchachita, o vienen dos, a decirle: “usted debe ser el ratero que me robó mi dinero, porque usted tiene apariencia de ratero”...

—¿Empezamos ya el final de su tesis?

MONTALVO Y CERVANTES

Por José ROJAS GARCIDUEÑAS

HOMBRE extraño don Juan Montalvo: campeón de la libertad por la que lucha sin descanso y sufre de pobreza y destierro, enemigo de dictadores y tiranos y, al mismo tiempo, nadie como él para reconocer, acatar y reverenciar ciegamente las verdaderas y hasta a las dudosas autoridades en materia de lenguaje, se inclina servil ante las opiniones y pareceres de gramáticos y académicos; enamorado y de vida familiar fracasada, descuidado en sus deberes paternales, era sin embargo un moralista feroz y frío, inhumano hasta lo absurdo en su culto a ciertos principios éticos, así en aquel increíble caso cuando, ya muy enfermo de sus lesiones pulmonares, dictaminaron los médicos la urgencia de una operación en la que para llegar al órgano enfermo era preciso cortar antes dos costillas, y

El Cosmopolita, en *El Regenerador*, en cartas como la *Mercurial Eclesiástica* y en las formidables *Catilinarias*. Pero estudiar todo eso sería cuestión de emprender un trabajo o demasiado extenso o concentrado en extremo; no es mi propósito tratar, ahora, ni de la personalidad ni de la obra de don Juan Montalvo sino apenas de uno de sus libros y de una de sus modalidades: aquellos *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* que Montalvo empezó a escribir en 1872, que más tarde amplió, revisó y retocó, y que solamente se editaron después de muerto su autor.

¿Qué son, genéricamente, esos *Capítulos*? Su clasificación rigurosa es difícil, cual ocurre con casi toda la producción de Montalvo (hecho excepción de los pocos y deficientes poemas y obras teatrales), porque oscila del artículo al ensayo y al tratado. Y no deja de ser curioso que un retórico y preceptista de aficiones tan ceñidas a lo previamente estatuido resulte tan poco propicio a los módulos que él con tantísimo respeto miraba. Ya con tales antecedentes y distinguos, a los dichos *Capítulos* lo más claro es tomarlos como novela que encierra varios ensayos, o, más precisamente, reflexiones que llevan en sí mismas el germen de ensayos.

Mas no porque sea novela se piense encontrar en ella una presentación de personajes con sus antecedentes, un desenvolvimiento de la acción y su desenlace. No lo hay, ni su autor se obliga a dar eso, pues por ser capítulos “olvidados” suponen la estructura toda de la novela en que deberían estar insertos. Por eso pueden comenzar con la penitencia que “principió y no concluyó nuestro Caballero Don Quijote”, enlazando así con los capítulos 23 y 29 de la primera parte del *Quijote* cervantino. Prosigue, el de Montalvo, en su caminar sin plan ni propósito y acontecenle diversas aventuras de poco momento con pastores y otra gente rústica. Llega el Hidalgo a la casa de don Prudencio Santibáñez tomándola por castillo y le acontecen muchos y variados sucedidos en los que muestra su valor, sus lecturas, su galantería. Puede considerarse que todo eso forma como una novelita quijotesca aparte, de regular extensión pues alcanza 22 capítulos con unas 140 páginas, aproximadamente, en las que hay episodios tan notables como el del supuesto ermitaño, el combate con



... ¿qué son los Capítulos? ...

Montalvo se avino a ello, pero negándose a ser anestesiado porque no podía consentir en renunciar al conocimiento y a la conciencia de sus actos.

Entre los varios aspectos de su obra: el de la historia del Ecuador y de Hispanoamérica; el de las ideas sociales y políticas, hasta el de su propia biografía, el más importante es el de la crítica a las gentes en el poder, la que hace, en

el Caballero del Aguila que lo impide un foso que don Quijote supone obra de encantamiento, el gran torneo en el que sí participa el héroe, el pleito que tiene en su cuarto con unos gigantes, el lucido baile y la despedida que pone fin a tan larga y memorable visita.

Vienen luego otras caminatas por las veredas de Sierra Morena, con el paso del falso ciego que roba las alforjas de Sancho, y otros sucesos, en seguida aparece el Bachiller Sansón Carrasco, decidido a hacer que don Quijote vuelva a su casa y también con el secreto y no muy sano propósito de desquitarse, así sea con mesura y cuidado, de la derrota que había sufrido como Caballero de los Espejos, lo que presupone cierta articulación con el capítulo 15 de la segunda parte cervantina, o más bien con el 15 y el 17, pues que se alude a la grande y temeraria aventura de los leones. Aquí, en Montalvo, Sansón Carrasco se presenta en el patio de la Venta del Moro diciendo ser él mismo don Quijote de la Mancha, con lo cual el que de verdad lo es le reta para castigar la osadía de tamaña suplantación; hay una escena con histriones que recitan en un tablado y luego el combate en que el verdadero Quijote vence al falso, en el corral de la Venta, y lo deja por muerto, hasta que pasado un rato se levanta el aporreado Carrasco y emprende el regreso maldiciendo al cura y al barbero que a semejante aventura lo impulsaron.

Bien veía Montalvo que la secuencia de sus capítulos estaba rota pero no quería soldarla, pues su capítulo 57 empieza diciendo: "La historia presenta aquí una laguna, pues no dice por dónde anduvieron ni lo que hicieron los dos héroes (don Quijote y Sancho) durante los quince días transcurridos desde su salida de la Venta del Moro hasta cuando una tarde se asomaban por las goteras de una ciudad insigne del Guadalquivir..." Reflexiones y disertaciones corren por dos capítulos más y luego, ya en los aledaños de la ciudad, la última aventura de don Quijote es topar con un "festín campestre en que unos buenos frailes de San Francisco se estaban holgando con media docena de muchachas alegres de Sevilla"; a uno de ellos consigue atrapar don Quijote en su arremetida y se lo lleva consigo pero no encuentra qué castigo darle, pues si Sancho opina que lo entreguen en su convento, don Quijote acepta la idea con desgano pues considera que "su perlado le mandará, por castigo, de visitador a una provincia..." Y ya por eso se puede ver que capítulos tales acaso Cervantes los pudiera haber olvidado pero no el Santo Oficio, en su tiempo. Se llega, con el último capítulo, a la noche en Sevilla en que, desvelado como de costumbre don Quijote, redacta su testamento en un largo romance de centenar y medio de versos. Aunque es bien claro que este final no quiere oponerse al otro en el que termina la vida de Alonso Quijano, por no dar lugar a dudas le pone Montalvo este largo y explicativo título: "Donde el historiador da fin a su atrevido empeño, no de hombrearse con el inmortal Cervantes, ni de imitarle siquiera, sino de suplir, con profundo respeto, lo que a él se le fué por alto."

Eso es lo que los *Capítulos* narran, pero ¿qué es lo que dicen?

En los primeros, encontramos fragmentos sobre los males de la riqueza y elogios de la vida pobre y sencilla, simples lugares comunes de comentadores que desde el Renacimiento llegaron a los academistas del siglo pasado. Pero en el capítulo xvi surge un lance inesperado: el Caballero Manchego enristra su lanza en defensa de los árboles, de unos añosos y bellos árboles que un viejo codicioso comenzaba a derribar sólo por sacar mayor ganancia al terreno; inusitado es como asunto quijotesco y más aún por frases como ésta de que "...un árbol que ha recibido lentamente la virtud misteriosa de los siglos, junto con la recóndita substancia de la tierra, es objeto que infunde respeto y amor casi religioso"; tales palabras acusan una sensibilidad muy diferente a la española del siglo de oro, es ya la sensibilidad posterior a la "Ilustración" y al romanticismo: la devoción por la naturaleza, la admiración en la belleza en lo no humano, el senti-



...roba las alforjas de Sancho...

miento del paisaje, en fin todo lo que, como se sabe, es signo de la modernidad entendida ésta como diferenciación de lo clásico.

No faltan alusiones literarias pero sin importancia a Ercilla, a Montemayor y a otros autores anteriores a Cervantes y, sobre todo, como es lógico y muy en su lugar, nombres y más nombres de personajes de los libros de caballerías. También hay referencias que muestran buen conocimiento de la Biblia; pero en donde más destaca la erudición de Montalvo es en el torrente de los refranes que corre de continuo y a veces se desborda en inundación total de las páginas, refranes que dice Sancho y también don Quijote y a veces otros personajes. Superfluo es recordar el claro origen popular de los refranes, y del pueblo los recogió Cervantes sin duda alguna, pero en Montalvo no es así, porque él fué un escritor de gabinete, de biblioteca, de cultura libresca por los cuatro costados; a él los refranes le vienen, como todo lo demás, por los cientos de páginas leídas, releídas y vueltas a consultar, y por eso los aprecia, los usa y les reconoce la autoridad que otros escritores les dieron; a veces, y de modo excepcional citará refranes vivos, es decir, corrientes en su tiempo y en su tierra pero eso es raro, lo ordinario y constante es que el torrente refranesco que sale de su pluma venga de mucho tiempo atrás, de fuentes que él sabe bien

y que a veces menciona con satisfacción, como las obras de don Juan Manuel, del Marqués de Santillana, del Pinciano, de Juan de Valdés y de otros que le enorgullece conocer.

Por convicción era Montalvo un liberal, por su lucha constante contra el militarismo y la clerecía, que lo persiguieron siempre, llegó a una posición anticlerical que no solamente sostuvo en sus artículos de polémica sino que alcanza a manifestarse en muchas páginas de estos *Capítulos*, haciendo un curioso contraste (uno más entre los de este autor tan complicado y paradójico) si consideramos, por un lado, el tema cervantino y, por otro, esas denuncias y burlas y ataques a una clase, el clero, que en la España de Cervantes era prácticamente intocable, socialmente directriz y prepotente.

Páginas de mordaz burla hay en Montalvo aludiendo a las tres vías místicas (Cap. iv), a los devotos a quienes acusa de hipócritas (Cap. v) o sobre los milagros y los ex votos, pues de los que le muestra un cura a don Quijote resulta que, a pesar del "milagro" que atestiguan las pinturas, los naufragos se ahogaron casi todos y los enfermos murieron de los propios males por los que donaron piernas, brazos, cabezas y otras figurillas de oro, y todavía se añade este final: "Pero sea de esto lo que fuere (dice don Quijote), las riquezas de este santo deben de ir siempre a más, siendo el ingreso constante, ninguna la salida; y bien se pudiera aprovechar de ellas en obras pías, cosa que agradaría muy mucho al dueño del tesoro. Pues en suma, de nada sirven estos brazos y piernas preciosos, cuando hay tantas hambres que mitigar, tantos dolores que aliviar. La piedad al servicio de la caridad es el bello y dulce misterio de la religión cristiana. Nadie toca estas joyas, señor mío, respondió el cura: fraude sería ese, que el santo castigaría con rigor. Le gusta ver de día y de noche estas prendas de veneración y él sabe en sus altos juicios para lo que las destina. ¿El cura tiene derecho a ellas?, tornó Sancho a preguntar. Cuando urge la necesidad, respondió el cura, puede disponer de tres o cuatro..." (Cap. ix).

Menos burlona, porque el carácter de don Quijote y sus reflexiones fueron siempre de gran seriedad, es esta otra página, donde el Caballero replica a un ermitaño reprobando su género de vida: "...Los caballeros andantes, dijo don Quijote, no somos de tela de ermitaños... ¿Cómo puedo yo estrechar la órbita de mis obligaciones a los mezquinos términos de una cueva, y convertirme en animal inútil para mí mismo y para mis semejantes?... Dirigir las pasiones, convertirlas en virtudes, si es posible, tal es el empeño del filósofo, mi reverendo padre. Luchar con consigo mismo, destruirse, anonadarse sin ventaja para el cielo ni la tierra, es frustrar de sus derechos a la naturaleza, es cometer un delito enorme so pretexto de virtud..." (Cap. xxxii).

La pasión política movió la pluma de Montalvo toda su vida; donde mejor se muestra es en los artículos y menos en los ensayos, cuyo objeto era otro, pero hay frecuentes excepciones. En estos *Capítulos* a que me refiero, tan ajenos de suyo a lo que debía referirse a circunstancias de la vida política en la República del Ecuador, hay momentos en



...junto con la recóndita substancia de la tierra...



...enristra su lanza en defensa de los árboles...

que aquella pasión vuelve a derramar su bilis con el veneno que siempre tuvo. Así, iba el hidalgo con su escudero, una mañana, saliendo de la arboleda donde pernoctaron, cuando con gran susto de Sancho toparon con un ahorcado que pendía de una rama, y don Quijote dijo: "... No te muevas, Sancho, y mira lo que Dios y el rey hacen de los malvados. El varón ínclito tiene desnudo el brazo hasta el hombro: si no me engaño, son letras esas que están trazadas en el pellejo. 'Ignacio Jarrín': su nombre. Tal suele ser la costumbre de estos señores: unos se puntan en el cutis el nombre de su coima; otros, como éste, el suyo propio. Vente tras mí, Sancho; de estos objetos, los menos... ¿Piensas, buen Sancho, que ese miserable habrá sido el espejo de las virtudes? Los vicios, los crímenes hicieron en su alma los mismos estragos que las gallinazas han hecho en su cuerpo. Asesinato, robo, traición, atentados contra el pudor... Ignacio Jarrín. O yo sé poco, o éste es aquel famoso ladrón que dió en llamarse Ignacio de Veintemilla..." (Cap. XLVI). Y luego, todavía, añade esta Nota o Comentario, todo ello escrito probablemente cuando Veintemilla era Presidente de la República: "Don Quijote encontró ya un bandido colgado en un árbol. En las varias ocasiones que he repasado estos *Capítulos*, he cambiado o suprimido todo lo que pudiera parecer imitación de otras escenas de Cervantes: ahora no me es posible; y sin ánimo de imitar, dejo en pie este pasaje, por fuerte necesidad de la justicia. Tenía yo que imponer a ese malandrín un castigo digno de su vida, y nada más puesto en razón que hacerlo ahorcar."

Basta asomarse, siquiera, a los *Capítulos* de Montalvo para confirmar que no fué nunca su intención imitar al *Quijote* cervantino, aunque así lo hayan considerado tratadistas españoles, con elogio. Palabras de Montalvo tenemos que expresan con toda claridad el concepto que de su obra tenía y cuándo y por qué la escribió; eso puede verse en *El Buscapié*, verdadero ensayo de centenar y medio de páginas que añadió como desmesurado prólogo; allí explica que su propósito fué el de hacer una obra de utilidad ética y no de entretenimiento: "Nuestro ánimo ha sido disponer un libro de moral, no un Pantagruel para la risa... Una obra que no tuviese objeto sino el de hacer reír, nunca habría removido el temperamento casi melancólico del que está trazando estos renglones..." Es-

peraba, pues, haber escrito un ensayo moral en torno a la figura de don Quijote, como ejemplo, revivir al Hidalgo y lanzarlo de nuevo por los senderos del mundo para que siga deshaciendo entuertos y castigando malandrines, pero también explica que los escribió "por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos hechos de la lengua castellana..."

Dos son, pues, las finalidades o direcciones que Montalvo dió a su obra: el ejemplo moral (en último sentido, político) y el cultivo de la forma, esto es del lenguaje; en ambos puso esfuerzo claro y consciente, y del predominio de esos valores sobre otros que pudiera o debiera haber tenido nacen, también, la debilidad o los defectos evidentes que en la obra se encuentran.

El que los *Capítulos* sean, técnicamente, una novela, me parece indudable puesto que contienen la narración de hechos ficticios en torno o a lo largo de una



acción. Pero el predominio del aspecto de lo ejemplar, el deseo y la intención del autor de lanzar invectivas, hacer consideraciones y críticas, etc., para poner de relieve el fondo, las ideas encaminadas directa o indirectamente a elogiar ciertas virtudes morales o sociales, a señalar defectos de igual índole, a ridiculizar costumbres o tipos sociales, todo eso va cobrando tanta importancia y tanta densidad a lo largo de las páginas, que a veces la novela como tal desaparece en largos trechos ocupados con disertaciones tan extensas que con cierta razón algunos críticos los llaman ensayos.

Así lo reconoce y lo dice muy bien el autor del magnífico estudio sobre Montalvo: "El arte de contar, tanto el de las consejas primitivas al lado del fogón como el de las novelas más geniales, consiste en mantener siempre despierto el interés por lo que va a ocurrir; y Montalvo no tenía interés en la acción, sino

en el discurso. Aun en los *Capítulos* que se le olvidaron a Cervantes, que son una novela, lo que se salva son los ensayos intercalados o puestos en boca de don Quijote..." pues, como luego dice: "... ¡si Montalvo hubiera sabido narrar! Pero él era, esencialmente, un autor de ensayos. Y el ensayista ahogó en los *Capítulos* al narrador... La acción es rápida y apenas entrevista; los diálogos son desenfrenados. Lo que del libro queda vivo, caliente, son los fragmentos de ensayismo ajeno al ámbito de don Quijote". (ENRIQUE ANDERSON IMBERT. *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. Ed. El Colegio de México, México, 1948, p. 127-130).

En cuanto a la otra finalidad que lo movía, al cultivo del lenguaje, es bien sabido cuán importante fué siempre para Montalvo, que ha sido considerado como uno de los mejores prosistas de la lengua castellana en su siglo. En terrenos de pureza y atildamiento tomaba las cosas con tanto calor, por lo menos, como el que ponía en las de política: sus invectivas y latigazos a los García Moreno y a los Veintemilla no son más duros que los dirigidos contra quienes hablaban o escribían destrozando el idioma. En *El Buscapié* ofrece buenos ejemplos de semejante ira, lo mismo contra galicistas y malos escritores como para los vicios de lenguaje, así sea en el habla ordinaria y popular. Contra éstos y aquéllos, los que hablan mal y los que traducen peor, es tan grande la indignación y cólera de Montalvo, que exclama: "Seríamos nosotros capaces de investir a la Academia Española de poder coercitivo y poner a sus órdenes un cuerpo de gendarmes para que sepultase en negros calabozos a estos violadores y asesinos de la lengua".

Ahora, a trescientos cincuenta años de la aparición del *Quijote* y a casi un siglo de los *Capítulos* del ecuatoriano, es interesante asomarse a estas otras fases y andanzas del Hidalgo inmortal. Aquel desconcertante don Juan Montalvo, que pasó su vida luchando con su pluma por unas inciertas ideas políticas que nunca vió realizadas y por unos estrictos principios literarios que fervorosamente practicó; ese don Juan Montalvo tomó como símbolo y paladín, en sus luchas, a la más egregia de las figuras cervantinas, dándole así una nueva e inesperada influencia, una distinta y sorprendente función al más universal y perenne de los libros que en lengua castellana se han escrito.